



Nómadas

ISSN: 1578-6730

nomadas@cps.ucm.es

Universidad Complutense de Madrid
España

Jurado Jurado, Juan Carlos
Sobre el proceso de la civilización de Norbert Elías
Nómadas, núm. 10, julio-diciembre, 2004, p. 0
Universidad Complutense de Madrid
Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18101012>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Sobre el proceso de la civilización de Norbert Elías

[Juan Carlos Jurado Jurado](*)

Resumen.- En el artículo se hace un acercamiento a uno de los trabajos de Norbert Elías (1897-1990), sociólogo alemán cuya obra ha sido valorada tardíamente por las Ciencias Sociales y que aporta una mirada de largo alcance sobre los procesos que han configurado a la sociedad occidental, desde la Edad Media. El trabajo de Elías parte de un problema del presente, en este caso: la orgullosa autoconciencia que tienen los occidentales de sentirse "civilizados", para mostrar cómo la modelación histórica de ese ideal implicó una complejidad de cambios en las estructuras sociales y políticas (sociogénesis), pero también transformaciones en la estructura psíquica y del comportamiento de los individuos (psicogénesis). Para Elías la civilización es un proceso permanente que hunde sus raíces en las estructuras más profundas de la psicología y las estructuras de organización social de los occidentales. Esta perspectiva de "largo alcance" para el estudio de la sociedad occidental, se entronca con la llamada historia de las mentalidades por los franceses o de la cultura, como prefieren llamarla los ingleses.

Palabras claves.- *Proceso civilizatorio, Sociogénesis, Psicogénesis, Sociología procesual, Historia de las mentalidades*

- El autor
- Hacia una teoría del proceso de la civilización
- El comportamiento en la mesa
- Necesidades naturales
- Sonarse la nariz
- Relaciones sexuales
- Transformaciones en la agresividad
- Consideraciones finales
- BIBLIOGRAFÍA
- NOTAS

La relación del ser humano con su convivencia en forma de sociedades a diversos niveles está (...) en gran medida determinada todavía por ilusiones y temores, por ideales y contrariedades, en una palabra, por imágenes míticas y mágicas. La objetividad de las imágenes es el ámbito de la sociedad, mucho menor que en el de la naturaleza, y su subjetividad, el peso de su significado emocional para el poseedor respectivo de los conocimientos, proporcionalmente mayor. (N. Elías. Humana Conditio, p. 24)

El autor

Norbert Elías nació en Alemania en 1897. Judío, de una familia acomodada de comerciantes y pequeños industriales, vivió en carne propia los dramas de la guerra. Ya había participado como soldado en la Primera Guerra Mundial, después de la cual regresó a estudiar filosofía y medicina en la Universidad de Breslau, Alemania, donde nació.

Ante las atrocidades que se anunciaban con el nazismo y las limitaciones al trabajo de intelectuales judíos, se exilió en Francia antes de hacerlo en Inglaterra; su madre murió en un campo de concentración. La dedicatoria a la memoria de sus padres en su trabajo "El proceso de la civilización", como sus reflexiones sobre la guerra y las ideologías subyacentes a los valores occidentales, parecen una sublimación de sus frustraciones y rencores personales. Hace unos años, cuando ya pasaba de los 90, en una entrevista le preguntaron si sentía odio por los alemanes, y respondió: "No, el odio no es un sentimiento hermoso, todo se empeora cuando uno se entrega a él".(1) Sin embargo, dedicó sus estudios a la comprensión de aquello que Occidente blandiera con orgullo, como su máxima virtud: "La civilización", cuya muestra más bárbara e incivilizada se ha mostrado con su capacidad para la guerra.

Tenido por uno de los sociólogos más sobresalientes del Siglo XX, Elías se cultivó en las tradiciones

sistemáticas de la disciplina, dando un vuelco significativo a sus orientaciones. Entre sus colegas y profesores se cuentan Karl Manheim, Alfred Weber y Rickert Husserl. Cultivado también en las vertientes de la filosofía, contribuyó con un activo y prolífico trabajo documental a importantes y sistemáticas teorizaciones, y fue un decidido crítico de la sociología tradicional, más inclinada a la elaboración de modelos estáticos como el de Talcott Parsons y tendencias de grupo. Elías se distanció de ideologías y prefirió obrar como un sociólogo independiente. Se sabe que Walter Benjamin se negó a escribir el prólogo de su obra "El proceso de la civilización" porque no argumentaba como marxista.

Después de abandonar la medicina, de la que heredó una visión particular sobre las interconexiones del cuerpo, se doctoró en 1924 en Filosofía para luego estudiar sociología en Heidelberg. Allí asistió a los círculos de sociología de la universidad y a las reuniones convocadas por Marianne Weber, después de la muerte de su esposo, Max Weber, en 1920. En medio del vívido ambiente intelectual alrededor de la disciplina, entró en contacto con Alfred Weber y Karl Manheim, y de éste último fue su ayudante no oficial y no remunerado. Durante y después de la Segunda Guerra, Elías no tuvo un lugar fijo ni el reconocimiento a la labor de un sociólogo cuya producción rebasaba con creces a muchos de sus colegas. Lo más representativo de sus trabajos fue producido en los años treinta.

El carácter tímido y calmado de su personalidad pudo trascender a lo académico, de manera que su carrera en el sentido institucional de la palabra, fue tardía. A los 57 años le ofrecieron dos puestos como docente, de los cuales aceptó el de Leicester, Inglaterra. Allí, su desgano tuvo mucho que ver con un todavía tímido reconocimiento a su labor, pues no logró institucionalizar sus enfoques sociológicos más dinámicos e históricos y no se tradujo ninguna de sus obras al inglés, en una época en que muy pocos sociólogos ingleses leían alemán. (2) No obstante tantos años de aislamiento y de una vida académica marginal, la obra de Norbert Elías comenzó a ganar lectores en las décadas de 1950 y 1960, principalmente en los Países Bajos y en Inglaterra. En los años de 1970, Elías surgió del anonimato con un monumental trabajo y como una reconocida voz que debía ser escuchada en las ciencias sociales y más recientemente lo ha sido para los historiadores.

Norbert Elías se dedicó a investigar bajo qué regularidades tiene lugar la convivencia humana, representando en el actual escenario posmoderno una forma de hacer sociología al viejo estilo de las "grandes narrativas", pues su trabajo es un elaborado análisis del "desarrollo histórico de largo plazo", "una teoría" de la civilización. En este sentido, llama la atención su excepcional interés por comprender por qué los humanos se comportan como lo hacen, haciendo que sentimientos como el odio, la venganza, normas de comportamiento que se han naturalizado así como los "afectos" y "sensibilidades", pudieran ser pensados con la seriedad que le asistía entonces a la sociología. Esta postura del científico social, no estaba tan lejos de las frustrantes vivencias del profesor y escritor, cuya obra y perspectivas de trabajo no lograron ser aceptadas y reconocidas por la comunidad académica europea, pues algún día dijo: "La realidad del mundo, sea la naturaleza o sean los humanos, no corresponde a nuestros deseos, entonces para manejarla, no se debe partir de los propios deseos". (3)

Reconocido como un apasionado y cálido académico, Elías no era partidario de posturas intelectualistas caracterizadas por una escisión entre el saber y la vida, según se percibe en su obra, y en una declaración temprana de su carrera: "En ocasiones es útil alejarse totalmente del pensamiento de las cuestiones cotidianas para poder entenderlas mejor; y después, por decirlo así, regresar de nuevo a ellas desde la distancia"; así escribió en su libro "Humana conditio".

Como se dijo anteriormente, la obra de Elías apenas hace unos pocos años comenzó a ser valorada en su verdadera dimensión. En medio de la guerra, en 1939, publicó en Alemania "El proceso de la civilización", sin que llegara ciertamente a la atención del público, a lo cual contribuyó su condición de judío. Después de un relativo anonimato como por su distanciamiento y renuencia a formar parte de grupos doctrinarios, logró el éxito editorial en 1976, cuando apareció la edición de bolsillo, de la que se vendieron más de cien mil ejemplares. Desde entonces se le considera su obra principal. Sin embargo y aunque tardó, tuvo suficiente tiempo para disfrutar del reconocimiento de su obra. Murió de 93 años, en 1990.

Durante el siglo XX las ciencias sociales han adquirido un desarrollo considerable en Occidente. Cuando se hace un inventario de autores y obras, sobresale Elías como una figura importante y representativa de Alemania. Francia e Inglaterra son casos más conocidos en lo que a producción en historia y sociología se refiere. Indudablemente la mirada comparativa ha permitido sopesar mejor la obra de Elías. Particularmente la historia ha adquirido adelantos importantes al punto de desarrollar nuevas corrientes como la historia de las mentalidades en Francia, que se entronca con la obra de Elías por ser una "sociología procesual", como él mismo la denominara, o de "largo alcance", de los flujos y reflujos históricos

de "largo plazo".

Desde la geografía, y con una fuerte crítica al marxismo, los trabajos demográficos dieron en Francia un soporte seguro para una historia social mucho más elaborada.(4) La escuela de Annales cumplió en ello un papel fundamental. Derivado de la misma Escuela, Fernand Braudel ha acuñado en sus trabajos el concepto de "larga duración" para reconocer la complejidad y diversidad de temporalidades, en este caso lentas, milenarias y profundas, con que se mueve la cultura de una sociedad a diferencia de ciclos más cortos –los de la economía, por ejemplo- o de la instantaneidad y apresuramiento con que se suceden los acontecimientos políticos –"corta duración" o "historia acontecimental".

En Inglaterra, el marxismo logró liderar una renovación más explícita y un aporte diferente al campo de la "historia de la cultura", como suele designarse en esas latitudes a la "historia de las mentalidades". Edward P. Thompson, una de las más importantes figuras de la historiografía inglesa, ha propuesto un concepto alternativo, la "complejidad del vivir", para designar una historia más total y compleja cuya mirada "procesual" y de "larga duración" se compadece con las grandes escalas temporales de la obra de Elías.

Hacia una teoría del proceso de la civilización

El trabajo de Elías tiene una perspectiva histórica que abre a la sociología campos de trabajo insospechados. Aunque tradicionalmente se lo ha considerado un sociólogo, se aprecia que su trabajo, como el de otros grandes historiadores de la larga duración, parte de un problema del presente, en este caso: la orgullosa autoconciencia que tienen los occidentales de ser "civilizados", para mostrar la complejidad de los cambios sociales, económicos y políticos que han configurado la cultura de las sociedades occidentales.

Elías inicia con una crítica a la mentalidad de los sociólogos, portadores de las ideologías de grupos burgueses e industriales en ascenso. Anuncia el final de las utopías decimonónicas y modernas (progreso, civilización, igualdad, libertad...) y las encara sin posturas doctrinarias. Según dijera, el "progreso" únicamente podrá consistir en que pudiéramos saber más sobre cómo funcionan los humanos entre sí, en que pudiera describirse su "configuración". No cabe, pues, la pregunta por la pérdida o la ganancia que resulte de la civilización, pues es un proceso que no tiene fin ni progreso. Y más aún, señala que no hay algo intrínsecamente bueno o malo en la civilización, tal como ocurre en Occidente, aunque haya que reconocer sus problemas. Decir, pues, que alguien es "civilizado" no implica un señalamiento de que sea bueno o malo, sino que con ello se está expresando un hecho sociológico.

A lo largo de su investigación sobre los procesos históricos que han conducido a que particularmente Occidente se indentifique como "civilizado", Elías se remonta hacia el siglo XVI, y aun a la Edad Media, para poner en evidencia un complejo movimiento de pautas de comportamiento que se extenderá hasta los siglos XVIII y XIX. Este movimiento de restricción y transformación de los comportamientos estimuló el cambio de los grupos aristocráticos caballerescos hacia los de la aristocracia cortesana. En general, se trató de regulaciones estrictas a la conducta de los caballeros, para lograr diferenciarse de los grupos inferiores de la sociedad campesina y responder a sus nuevas funciones en los cuerpos estatales de las cortes que se unificaban bajo la aparición de estados centralizados. La literatura, los "libros de consejos" y los manuales de "courtoisie", refieren una diversidad de códigos y de reglas para la configuración y el condicionamiento de las "buenas costumbres". Esta literatura que manifiesta un complejo proceso de modelación de los comportamientos hacia costumbres menos rudas y más finas, era perceptible en un amplio abanico de códigos sociales que más adelante serán detallados: la compostura en la mesa, la realización de necesidades fisiológicas, el modo de sonarse la nariz y de escupir, el comportamiento en el dormitorio, el trato entre los sexos y el manejo mismo de la agresividad.

En este punto el trabajo de Elías se sitúa en el orden de las transformaciones "psicogenéticas", es decir, en los cambios graduales que suceden en la conducta, en el carácter psicológico de las personas en Occidente. Así, "El proceso de la civilización" es una historia de las costumbres que han posibilitado el hecho sociológico de ser "civilizado". La psicogénesis del proceso civilizatorio implica para Elías el análisis de procesos de largo plazo de las conductas mundanas particulares, que no tienen un punto absoluto de principio ni final. Aquí, le asiste el objetivo de identificar cambios en aquello que nos avergüenza o en nuestra sensibilidad a partir de ejemplos concretos y no de abstracciones, momento en el cual su trabajo se nutre de un profuso corpus documental que le permite hacer el seguimiento histórico de lo que la sociología clásica ha denominado lo "micro", la escala del "individuo" y sus transformaciones, pero sin caer en la separación clásica entre individuo y sociedad, lo "macro".(5) Por el contrario, y después de realizar una

crítica sistemática de esta dualidad en la obras de algunos filósofos y particularmente de algunos sociólogos –Descartes, Parsons Weber-, Elías pretende salvar este problema mediante el concepto de "figuraciones".(6) Con el fin de alcanzar la integración entre lo micro y lo macro, el concepto de figuración:

Hace posible resistir la presión socialmente condicionada de dividir y polarizar nuestra concepción de la humanidad, que nos ha impedido reiteradamente reflexionar sobre las personas como individuos y, al mismo tiempo, pensar en ellos como sociedades...Así, el concepto de figuración sirve de herramienta conceptual simple para relajar esta constricción social a hablar y pensar como si "el individuo" y "la sociedad" fuesen antagónicos y diferentes.
(7)

En concordancia con esta perspectiva dinámica, para Elías las "figuraciones" son procesos sociales que implican complejos y diversos vínculos de "interdependencia" entre las personas. No se trata de estructuras externas o coercitivas que accionan sobre las personas, sino de una serie de nexos largos y diferenciados entre éstas, que se desarrollan a través del tiempo de manera inconsciente, imprevista e invisible. La idea de "cadenas de interdependencia" representa mejor lo que entiende Elías por figuraciones, concepto central de su sociología y que supera la perspectiva del individuo como "*homo clausus*", comprendido como un ser cerrado y aparte de "la sociedad". Por el contrario, las "cadenas de interdependencia" suponen la apertura de los individuos entre sí a una serie de interrelaciones mutuas.(8)

Las tareas encomendadas por Elías a la sociología, se entroncan bastante con las de la historia, pues, según él: "Sin duda que la tarea de toda sociología es explicar las peculiaridades que son comunes a todas las posibles sociedades humanas. El concepto del proceso social y muchos otros conceptos que se utilizan en estas investigaciones pertenecen a las categorías que tienen esta función".(9) Pero la conjunción con la historia es más evidente, dada su perspectiva procesual, que compromete la noción de individuo tan problemática en la disciplina histórica, pero su concepción al respecto no es esencialista sino relacional.

A esta altura del texto, es pertinente señalar que para Elías el individuo y la sociedad se manifiestan como "procesos" y no como entidades abstractas, separadas, universales e invariables. De allí que no sea posible entender la psicogénesis de los hábitos de los adultos en la sociedad civilizada, si se considera independientemente de la sociogénesis de nuestra civilización. "Según una especie de 'ley fundamental de la sociogénesis', durante su vida, el individuo vuelve a recorrer los procesos que ha recorrido su sociedad a lo largo de la suya". Y esto último no significa que la historia del individuo civilizado reprodujera cada una de las etapas de la historia social. Sino, que "...en la sociedad civilizada, ningún ser humano viene civilizado al mundo y que el proceso civilizatorio individual que se le impone es una función del proceso civilizatorio social general." (10) Los ejemplos concretos de transformaciones psicogénicas de las costumbres, son como sigue.

El comportamiento en la mesa (11)

Elías analiza una diversidad de libros y fuentes donde se prescriben comportamientos en la mesa, entre los siglos XIII y XIX, para mostrar la manera como una costumbre aceptada en un tiempo, posteriormente no lo es, debido a su hipótesis de que los "umbrales de vergüenza" van avanzando gradualmente como parte del proceso civilizatorio.

En un texto del siglo XIII se lee: "No debéis limpiaros los dientes con los cuchillos, como muchos hacían y otros siguen haciendo. Quien tiene esa costumbre, hace mal" (p. 132). En el "Nuevo Tratado de Civilidad" de Antoine de Courtin, que al parecer alcanzó gran popularidad en Francia durante el siglo XVII, se lee respecto de los imprevistos que pueden sucederle a alguien en la mesa: "Si, por desgracia, uno se hubiere quemado, es preciso sufrirlo pacientemente y sin manifestarlo; pero si la quemadura es demasiado insoportable, como sucede a veces, es necesario coger el plato y llevarlo contra la boca, con rapidez y sin que los demás lo perciban y, cubriéndose con la otra mano, depositar sobre el plato lo que se tiene en la boca y dárselo por detrás a un lacayo. La civilidad exige la cortesía, pero no exige que seamos unos suicidas"(p. 138). Para el siglo XVIII, las sugerencias de los tratados de civilidad también son prescriptivas, imponiendo una novedad para entonces y que con el tiempo se ha naturalizado. Otro ejemplo de 1780, sugiere desplazamientos en las costumbres aceptadas durante un tiempo, y posteriormente proscritas y mal vistas al transformarse las sensibilidades respecto de ellas. El texto reza: "La forma más elemental, que antaño era también costumbre en la clase alta, era la de despedazar la carne con las manos; aquí se describe el paso siguiente que es el de cortar la carne con el cuchillo (...) Despedazar los trozos de carne pasa aquí por ser un signo de rusticidad mientras que cortarlos se tiene como señal de comportamiento

urbano (...) y no debe acodarse sobre la mesa, pues es cosa de enfermos y de ancianos" (p. 143).

Como puede observarse, muchas conductas eran frecuentes y no causaban vergüenza entre las personas, pues no se habían impuesto como una conducta "descortés" o simplemente no se estaba enterado de su nuevo significado reprobatorio: tomar la comida con las manos, limpiarse los dientes con el cuchillo, chuparse los dedos antes que limpiarlos con la servilleta, rascarse las orejas o la nariz mientras se come, escupir, peerse o eructar delante de otros. Es el desplazamiento de los umbrales de vergüenza y sensibilidad hacia los otros lo que dispara el afán de los reformadores en prohibirlas, señalándolas como inapropiadas e inaceptables, es decir como "incivilizadas". Con el tiempo, las prohibiciones se fijarían sobre nuevos objetivos, habiéndose impuesto y extendido socialmente las anteriores o cuando estas perdieran vigencia.

Necesidades naturales

Del mismo modo, las prescripciones sobre las necesidades naturales muestran que las fronteras de vergüenza no eran las mismas que las de la sociedad contemporánea. En un libro de Erasmo de Rotterdam del siglo XVI, dirigido a niños escolarizados, se lee lo siguiente sobre el acto de defecar y las ventosidades: "Es malo para la salud retener la orina; lo honesto es orinar en secreto. Algunos recomiendan a los niños que retengan las nalgas. Pues bien, está mal coger una enfermedad por querer ser educado. Si se puede salir, hágase aparte: si no, sígase el viejo proverbio: disimúlese el ruido con una tos."(p. 171). Lo que hoy es una norma de comportamiento incuestionablemente interiorizada como "civilizada", era entonces una reciente conquista de las "sensibilidades" frente a los otros, que por no estar suficientemente asumida en las "fronteras de la vergüenza", era necesario recordarla como inapropiada e inaceptable. En un texto de finales del siglo XVI sobre las reglas de la corte se lee: "Que nadie, sea quien sea, ensucie con orina u otras porquerías las escalinatas, las escaleras, los patios y los aposentos antes, durante o después de las comidas. Por el contrario lo que tiene que hacer para satisfacer las necesidades naturales, es ir a los lugares habituales y apropiados" (p. 173). Tocarse las partes del cuerpo "que la naturaleza oculta" y hablar de ello, hacer las necesidades en público o volver una "porquería" que se ha encontrado un tema de conversación, eran entre otros, comportamientos que el proceso civilizatorio enmarcado por nuevos escrúpulos, significaba como faltos de "cortesía" y educación.

Norbert Elías, relaciona todas estas transformaciones con los cambios en las figuraciones sociales que se lideraban de las cortes hacia los sectores subalternos de la sociedad europea, principalmente en la corte francesa. A la intensificación de las cadenas de interdependencia que tenían por efecto la restricción del tipo de conductas mencionadas, contribuyeron transformaciones del orden sociogenético: el aumento del número de personas que vivían próximas, la convivencia continua y la mayor dependencia mutua entre personas de diferente estatus social, así como la menor rigidez del sistema de estratificación, facilitaba una mayor mezcla social, en sociedades cada vez más democratizadas. Era pues, cada vez más perentorio, que tanto los sectores populares como las clases altas, controlasen sus necesidades en presencia de sus iguales como de sus diferentes. Al respecto, Elías destaca la carga emotiva de estas transformaciones:

La sociedad comienza a reprimir los elementos de placer en ciertas funciones por medio del temor; o, mejor dicho, comienza a privatizar tales funciones, a recluirlas, en la "intimidad", en el "secreto" de la vida de los individuos, haciendo que los únicos sentimientos sociales frente a ellas sean los de carga negativa, el disgusto, el asco, la repugnancia. Pero precisamente con esta proscripción social más intensa de muchas manifestaciones de los impulsos y de su "exclusión" de la superficie, tanto de la vida social como de la conciencia, lo que se consigue es que crezca a su vez la distancia entre la estructura psíquica y el comportamiento de los adultos de un lado y de los niños del otro. (12)

Sonarse la nariz

La manera indiscutible como en las sociedades actuales se asume de manera inconsciente comportamientos significados como civilizados, era bastante extraña hace unos siglos, pues se requería desplegar toda una parafernalia de constricciones para moldear una serie de costumbres heredadas de la Edad Media: comer con las manos, escupir, eructar, tener flatulencias en público, que estaban siendo vistas como indeseables y poco corteses. De manera similar ocurría con las restricciones para sonarse la nariz.

En un manual del siglo XIII sobre las maneras de comportarse en la mesa, se decía: "el que come o sirve a

la mesa no debe sonarse con los dedos" y se recomendaban los "trapos" de limpiarse. Una vez ha aparecido el pañuelo, este era objeto de detalladas normativas para su uso, pues ya en el siglo XVI se señalaba: "Tampoco está nada bien que, una vez que te has sonado la nariz, despliegues de nuevo el pañuelo y mires en su interior como si te hubieran caído perlas y rubíes de la cabeza". Y no sólo se solicitaba compostura en evitar todo tipo de ruidos estruendosos de orden orgánico, sino tratar de sacar de la escena pública el acto mismo de sonarse la nariz, pues en el siglo XVIII, se prescribía que al hacerlo "hay que cubrirse el rostro con el sombrero" y demorarse con el pañuelo lo menos posible.

La modelación de las conductas que se alcanzaba con nuevas restricciones emotivas, estaba dirigida a crear imágenes negativas y reprobables sobre ciertos modales vistos como vergonzosos. Las fronteras de la vergüenza respecto de sonarse la nariz, también avanzaban, como resultado, según Elías, de mayores y nuevas barreras entre las personas.

Vale destacar que estos cambios no se introducían racionalmente, pues sus fuentes estaban localizadas más bien en consideraciones emotivas que proceden de consideraciones sociales, aunque racionalmente las personas sí se pudieran percatar de ellos. Los individuos no pretendieron conscientemente un determinado cambio, que es más bien resultado de las cadenas de interdependencia existentes entre sí. Adicionalmente, el proceso civilizatorio ha podido emanar principalmente de cortes como la francesa, para convertirse, lo que antiguamente era un código exclusivo de las clases altas para diferenciarse de las bajas, en un comportamiento socialmente extendido y legitimado, característico de los distintos estratos de las sociedades burguesas. Las restricciones emocionales y nada racionales de algunas conductas como el acto de escupir, son resumidas de la siguiente manera:

Así, en nuestra época, el temor de escupir, la vergüenza y los sentimientos de desagrado en los que ese temor se manifiesta, ya no se concentra en la imagen de influencias mágicas, de dioses, espíritus o demonios, sino en la imagen mucho más limitada y clara, desde el punto de vista de sus leyes, de una enfermedad y de sus agentes transmisores [una razón racional]. Pero la serie de textos muestra también muy claramente que la concepción racional del origen de ciertas enfermedades y del peligro de los esputos como vectores de los agentes patógenos no es la causa primaria de los sentimientos de temor y de repugnancia, ni tampoco de los impulsos para el cambio de comportamiento en relación con la costumbre de escupir.(13)

Relaciones sexuales

Las relaciones sexuales se someten con el tiempo a las mismas restricciones que otros comportamientos, y en particular se van moldeando alrededor de la privatización del manejo del cuerpo, el acto de dormir y de las relaciones entre hombres y mujeres. Al hecho común desde la Edad Media de aparecer desnudo en público o dormir de manera indiscriminada con personas del sexo opuesto, indiferente de que fueran familiares, se le suman una serie de restricciones que lo van significando como vergonzoso o indecoroso. En todo caso, como otras funciones corporales, el acto de dormir, la sexualidad y el matrimonio se van "relegando cada vez más, a la trastienda del trato social" y son significados como "privados" e "íntimos".

El caso típico citado también por Ritzer (14), y que ejemplifica lo que se viene señalando, corresponde a las costumbres nupciales de la Edad Media y las correspondientes transformaciones a que se someten bajo el influjo de procesos civilizatorios:

Al hacer su entrada en la cámara nupcial, la comitiva iba precedida por los mozos de honor. La doncella de honor, a su vez, desnudaba a la novia, quien tenía que despojarse de todas sus joyas. Para que el matrimonio fuera válido era necesario que los novios entraran en el lecho en presencia de testigos. Esto es, 'se les acostaba juntos'. 'Cuando en el lecho se ha entrado, el derecho se ha conquistado', se decía en la época. En la Baja Edad Media fue cambiando paulatinamente esta costumbre de modo que los novios podían echarse en la cama vestidos. Por supuesto estas costumbres cambiaban en función de las clases sociales y también en función de los distintos países (...) Todavía en la sociedad cortesano-absolutista de Francia se mantenía el uso de que los testigos acompañaran al novio y a la novia hasta el lecho nupcial donde estos se desnudaban y recibían el camisón de manos de aquellos. (15)

En la sociedad actual todo lo que ocurre en el lecho nupcial está resguardado en lo más íntimo de la vida privada, que ha encontrado cobijo en las transformaciones renacentistas de la arquitectura doméstica, con la separación de los cuartos y más aún de las camas en donde llegaban a dormir de modo indiferenciado personas de varios rangos sociales y sexos. Elías logra mostrar cómo las nuevas fronteras del pudor han modelado con restricciones las relaciones entre los cuerpos, de manera que ocurre un cambio trascendental en la historia de Occidente: la vida sexual tiene por escenario exclusivo la familia nuclear, lo demás se fija en el límite de lo proscrito.

A partir de la crítica que hace Elías a toda idea de "progreso" y dada su mirada histórica que reconoce la complejidad de los procesos sociales y la cuota de "inconsciencia" que los asiste, él plantea que los procesos civilizatorios no se producen en línea recta y por el contrario implican flujos y reflujos, movimientos hacia atrás y hacia delante, o aún desplazamiento laterales.

Al realizar un análisis de las transformaciones de orden macro social, Elías encuentra que los procesos psicogenéticos variaron con la situación de las diferentes unidades políticas europeas, Alemania, Inglaterra y Francia, principalmente. Con el desarrollo de las ciudades, la especialización de funciones, los progresos de la economía monetaria y la centralización de los poderes políticos, nuevos grupos en ascenso como la burguesía, fueron compitiendo con los tradicionales de la aristocracia, por cuotas mayores de poder.

Para cerrar filas contra la burguesía, los aristócratas se hicieron portadores de un código estricto de comportamientos del que ya se ha dado idea, correspondiente con sus privilegios nobiliarios. Francia es el caso típico. Allí, como en Inglaterra, "civilización", designó en términos genéricos una mejora en las costumbres y el trato, que en Alemania se concibió como "cultura", alusivo al hombre "cultivado".

La vida de la corte, "courtoisie", dio lugar a estos ideales de conducta para los grupos superiores, que con el tiempo y principalmente después del siglo XVII, se generalizaron como "civilización". Esto fue posible por un movimiento continuo de sectores de arriba hacia los de abajo y viceversa, y por el fracaso de la aristocracia para conservar sus privilegios como exclusivos. La Revolución Francesa mostró el ascenso definitivo de la burguesía, portadora de estos nuevos códigos de civilidad, ya extraños para la Edad Media. Con ella, los demás grupos de la sociedad fueron asimilando en mayor medida las pautas civilizatorias. Pero el modelo sufrió transformaciones, pues a la "delicadeza" de los cortesanos, los burgueses oponían el dinero y la profesión -trabajo-, como pauta de comportamiento en un régimen democrático.

La formación de los estados nacionales a partir de los siglos XVI y XVII, incidió en la diferenciación estamental aristocracia vs. burguesía, donde los grupos medios, portavoces de la virtud y la civilidad en oposición a las apariencias y liviandades de los cortesanos, compartieron un proyecto de sociedad que trascendía las fronteras territoriales de cada nación. Con el tiempo, y con la generalización de las lenguas vernáculas y la centralización estatal, los grupos inferiores asimilaron los códigos de la "civilité", y la racionalidad moderna prestó el molde para la socialización de las pautas del comportamiento y la moral social, propias del mundo "civilizado" que ya era burgués y estaba situándose en un mundo industrializado, hacia el siglo XIX.

Como se ha sugerido, más de lo que podría pensarse, este fenómeno cultural casi milenario, estuvo íntimamente ligado a otro de carácter político, sociogenético, como la formación de los estados modernos. Su evolución general podría sintetizarse en lo que Elías ha denominado como el "mecanismo de monopolio".

Las unidades feudales de la Edad Media, sufrieron un férreo proceso de competencia al que lograron sobrevivir las de mejor posición. Entre los diferentes feudos sobresalieron algunas casas dinásticas que se adjudicaron con el tiempo la Corona, ejerciendo una fuerza centrífuga sobre sus subordinados. El origen del estado absolutista, se explica en gran parte por la centralización de impuestos para financiar una clase militar antes inexistente y para garantizar el monopolio de la violencia en un vasto territorio. Tanto la centralización como el monopolio de la violencia, son las dos caras de la moneda del mecanismo de monopolio (16), y que se significan como una condición no sólo de civilidad sino de modernidad.

Elías no considera el nacimiento de los estados modernos como un simple fenómeno político más. (17) Se trata de un proceso parcial dentro de una totalidad cultural. En mostrar la complejidad de su nacimiento, despliega sus virtudes de sociólogo para reconocer que se trata de una "génesis social del estado" a partir de reyes absolutistas rodeados de una sociedad cortesana de la que hacían parte. Pero, ¿qué articulación puede establecerse entre este proceso (el nacimiento de los estados), y la mayor consolidación y diferenciación de los controles emotivos psicogenéticos de la población, cuya dimensión ya se ha expuesto?

Para Elías, la formación de los estados repercutió considerablemente en la organización social, propiciando una modelación de las interdependencias de los individuos, que al mismo tiempo incidió en la centralización política mediante la "previsión" y la "racionalización" del comportamiento. Así, pues, las coacciones externas que imponían los entes estatales sobre los individuos y feudos, estimularon la formación de autocoacciones y controles autónomos e interiores, que garantizaron la estabilidad del sistema social por entero. Al respecto, dice Elías:

La estabilidad del aparato de autocoacción psíquica, que aparece como un rasgo decisivo en el hábito de todo individuo "civilizado", se encuentra en íntima relación con la constitución de institutos de monopolio de la violencia física y con la estabilidad creciente de los órganos sociales centrales. Solamente con la constitución de tales institutos monopólicos estables se crea un aparato formativo que sirve para inculcar al individuo desde pequeño, la costumbre permanente de dominarse; sólo gracias a dicho instituto se constituye en el individuo un aparato de autocontrol más estable que, en gran medida, funciona de modo automático.(18)

El estado como proyecto de organización social, permitió en su evolución la constitución de un "super-yo" que hace autónomo el dominio sobre el individuo. Este camino explicativo, que escoge Elías, es el de la psicología, aunque no tome partido por Freud.(19) Desde este punto de vista, civilización es el proceso en que la ausencia relativa de controles camina hacia modos de control externos, que se generalizaron con la centralización del poder estatal, y que en las sociedades contemporáneas han implicado formas de autocontrol entre las personas. Ello supone procesos históricos de largo plazo, mediante los cuales las compulsiones externas son substituidas por las propias; la autoconstricción es la base del proceso civilizador. Acá, las transformaciones psicogenéticas que implican un cambio cualitativo en la estructura de comportamiento de los individuos se articulan con las transformaciones sociogenéticas, es decir las que se suceden en las macroestructura de la organización social.(20)

Transformaciones en la agresividad

Una de las transformaciones más importantes que ha traído consigo el proceso civilizatorio, compromete la agresividad de los hombres occidentales. En ésta, confluyen nuevamente lógicas psicognéticas y sociogenéticas, cambios en la estructura psíquica de los individuos y en las estructuras de organización política de la sociedad, como la centralización y monopolio de la violencia por parte del estado. Al respecto, el proceso civilizatorio muestra un movimiento de largos y amplios períodos en la manera como las coacciones que surgían de modo espontáneo e inmediato con "las armas, con la fuerza corporal y guerrera", van reduciéndose paulatinamente, al tiempo que se fortalecen las formas de dependencia y la vinculación entre los individuos, que conducen a una regulación o administración de la vida afectiva bajo la forma de la autoeducación, del "self control", en un sola palabra bajo la forma de autocoacción. Esta transformación, aunque involucra avances y retrocesos, es observable en individuos integrantes de las clases dominantes, los caballeros inicialmente, luego los cortesanos y finalmente los burgueses profesionales.(21) Ello no significa que la agresividad y la capacidad de los hombres para la violencia y las explosiones emotivas haya desaparecido, sino que éstas, además de que se han restringido, acabando por convertirse en una serie de reglas y coacciones, se han refinado, se han transformado y "civilizado" como todas las demás formas de placer y de emotividad y únicamente manifiestan algo de su fuerza inmediata e irreprimible en sueños, en explosiones aisladas, en espacios de la vida privada, y habría que agregar que también en las simulaciones y experiencias simbólicas de violencia como las de los medios y espectáculos extremos, entre otras experiencias de la sociedad actual.

Esta transformación civilizatoria de la agresividad tiene su correspondencia con la modelación de las costumbres de que se ha hablado. Los usos en la mesa, y particularmente el manejo del cuchillo, permiten ver la simiente de este cambio. Ya en el siglo XIII se recomendaba: "No debéis limpiaros los dientes con los cuchillos, como muchos hacían y otros siguen haciendo. Quien tiene esa costumbre, hace mal". Esta prohibición puede tenerse por temprana, dado que en ésta época el ánimo belicoso de campesinos y guerreros con un grado relativamente bajo de dominio de las pasiones, suponía un uso muy extendido de armas y cuchillos y pocas prohibiciones sobre ellos. Las prescripciones racionales sobre el uso del cuchillo no estaban dirigidas solamente a prevenir el posible daño que causara, sino la impresionante emoción que despertara verlo apuntando al propio rostro o al cuerpo. En el siglo XVI se recomendaba no llevarse comida a la boca por medio del cuchillo, colocarlo en una mano mientras se tomara el plato con la otra y, más aun, "si alguien pide el cuchillo al niño, éste debe entregarlo (...) sosteniéndolo por la hoja y presentando el mango al que lo pide, pues no sería decente hacerlo de otro modo". Como lo señala Elías, el sentido emotivo de esta prescripción tiene un gran valor simbólico, pues se quiere exorcizar el recuerdo de la

amenaza guerrera que suscita dirigir el cuchillo hacia el otro como si se lo fuera a atacar. Con ello, al igual que con otras prescripciones sobre la violencia, se consolida en la sensibilidad de los individuos el desagrado sobre ciertos símbolos, gestos o instrumentos amenazadores y que por ello despiertan temor.

De otro lado, Elías se declara materialista pero no marxista, cuando reconoce la condicionalidad de la existencia humana por las relaciones sociales (22). Como Carlos Marx, reclama el reconocimiento de los procesos históricos a partir de la interdependencia social. Esto confiere a la historia un carácter relacional y no simplemente causalista. Cuando Elías explica la regulación del comportamiento en la sociedad, reconoce que depende de las condiciones específicas de cada grupo social, sin embargo, la racionalidad como el miedo, son los dos motores de la regulación psicológica colectiva. Refiriéndose al comportamiento "civilizado", dice:

Aquí, como en cualquier parte, la estructura de los miedos no es más que la respuesta psíquica a las coacciones que los hombres ejercen sobre los demás dentro de la interdependencia social. Los miedos constituyen una de las vías de unión, -y de las más importantes- a través de las cuales fluye la estructura de la sociedad sobre las funciones psíquicas individuales. El motor de esta transformación civilizatoria, del comportamiento como el de los miedos, está constituido por una modificación completa de las coacciones sociales que operan sobre el individuo, por un cambio específico de toda la red relacional, sobre todo, un cambio de la organización de la violencia. (23)

Consideraciones finales

Sociología histórica o sociología de las figuraciones valorativas y de comportamientos colectivos de lo que Occidente ha denominado como "civilizado", el trabajo de Norbert Elías propone tareas complejas para la disciplina. Se trata de establecer una teoría sociológica entre el empirismo y la teorización, estudiando "los procesos sociales en general y de la evolución social en concreto".(24) Y en cuanto a "evolución", Elías entiende no una necesidad mecánica de cambio o una finalidad teleológica, sino más bien cambios estructurales inherentes a la sociedad. En este sentido, se inclina por una concepción procesual de la sociedad para una mejor comprensión de su funcionamiento. Así, se opone a una sociología teórica como la de Talcott Parsons y abre las puertas a los trabajos sobre "procesos de largo plazo" descuidados, según él, por los estudiosos del siglo XX, quienes parecían más inclinados hacia una "sociología de situación" (25). Sin embargo, todos los méritos no son de Elías, pues como él lo señala, ya los sociólogos del siglo XIX, habían puesto los problemas del proceso social a largo plazo como objeto de investigación. Con ello se refiere a los trabajos de Carlos Marx, Comte, Spencer y Hobhouse, no obstante sus inclinaciones políticas o ideológicas.(26) Aclarada esta opción, le compete a la sociología "...la tarea de contribuir, a través de su investigación, a las valoraciones autónomas de las relaciones históricas", para entender que la civilización no es un resultado de la historia, sino un proceso continuo que moldea nuestras vidas y se hunde en los estratos más profundos de la historia y la psicología de lo que hoy denominamos Occidente.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIÉS, Philippe. "La historia de las mentalidades", *Revista Sociología*, Universidad Autónoma, Medellín, Nº 1, pp. 72-82.
- ANDERSON, Perry. *El estado absolutista*. México, Siglo XXI Editores, 1982.
- ELÍAS, Norbert. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y sicogenéticas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1898.
- ELÍAS, Norbert. *Humana conditio*. Barcelona, Editorial Península, 1888.
- ELÍAS, Norbert. "Los procesos de formación del Estado y de construcción de la nación", en: *Historia y sociedad*. Nº 5 de 1998, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, pp. 101-117.
- GREINER, Ulrich. Norbert Elías. "Con motivo de la muerte del destacado sociólogo", en: *Humboldt*. Nº 101, año 31, 1990, pp. 95-96.
- JOSEPH, Isaac. *Erving Goffman y la microsociología*. Barcelona, Gedisa, 1999.
- RITZER, George. *Teoría sociológica moderna*. Madrid, Mc Graw Hill, 2001.
- WEILER, Vera (comp.). *Figuraciones en proceso*. Santafé de Bogotá, Fundación Social, 1998.
-

NOTAS

(*) Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Sede Medellín. Docente de la Universidad EAFIT.

(1) GREINER, Ulrich. Norbert Elías. "Con motivo de la muerte del destacado sociólogo", en: *Humboldt*. Nº 101, año 31, 1990, p. 95.

(2) RITZER, George. *Teoría sociológica moderna*. Madrid, Mc Graw Hill, 2001, pp. 462-463.

(3) GREINER, Ulrich. *Op. Cit.*, p. 95.

(4) Según Philippe Ariés, las series numéricas de larga duración hicieron aparecer modelos de comportamiento que de otro modo hubieran sido inaccesibles. Así, las mentalidades surgieron al final de un análisis de las estadísticas demográficas. "La historia demográfica debía por otra parte no solamente reanimar la parte de herencia de, congelada, de los padres fundadores, sino además apartar a la nueva historia de las mentalidades del impresionismo anecdótico de la tradición literaria, darle una base documental estadística y finalmente llevarla hacia una interpretación amplia que ya no podía seguir siendo económica". ARIÉS, Philippe. "La historia de las mentalidades", *Revista Sociología*, Universidad Autónoma, Medellín, Nº ? , p. 75.

(5) Para una ampliación de este problema (micro-macro) en la sociología y en el trabajo de Elías, puede consultarse: RITZER, George. *Op. Cit.*

(6) Sobre este y otros aspectos del trabajo de Norbert Elías, las reflexiones y preocupaciones de los científicos sociales han llevado a la realización de eventos especializados. WEILER, Vera (comp.). *Figuraciones en proceso*. Santafé de Bogotá, Fundación Social, 1998.

(7) Citado por RITZER, George. *Op. Cit.*, p. 461. En una traducción diferente a la usada por Ritzer, el concepto de figuración parece ser asimilado al de "composición", según se puede colegir del siguiente texto que guarda el significado del citado arriba: "Resulta más adecuado interpretar que la imagen del ser humano es la imagen de muchos seres humanos *interdependientes*, que constituyen conjuntamente *composiciones*, esto es, grupos o sociedades de tipo diverso. Desde este punto de vista desaparece la dualidad de las imágenes tradicionales del ser humano, la separación entre imágenes de seres humanos aislados, de individuos, que a menudo dan a entender que pudieran existir individuos sin sociedades, y las imágenes de sociedades que a menudo dan a entender que pudieran existir sociedades sin individuos. Precisamente hemos introducido el concepto de *composición* porque expresa de modo más claro e inequívoco que los instrumentos conceptuales existentes de la sociología, el hecho de que aquello a lo que llamamos "sociedad" no es una abstracción de las particularidades de los individuos sin sociedad, ni un "sistema" o una "totalidad" más allá de los individuos, sino que es, más bien, el mismo entramado de *interdependencias* constituido por los individuos. Ciertamente, resulta muy razonable hablar de un sistema social constituido por individuos, pero el significado que la sociología contemporánea da al concepto de sistema social hace que esta forma de expresarse resulte inadecuada. Además de esto, el concepto de sistema está demasiado vinculado a la idea de la inmutabilidad". ELÍAS, Norbert. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1898, pp. 44-45. Las cursivas son mías.

(8) "No obstante, los ejemplos aducidos son suficientes para mostrar la persistencia y la seguridad con que las sociedades europeas modernas sostienen una imagen del hombre en la que su propio "yo", es algo encerrado en el "interior", separado de todos los demás hombres y cosas, por más que como ya se ha dicho, nadie encuentra una tarea fácil en determinar con claridad y nitidez las paredes o los muros reales y palpables que contienen a ese interior, como un recipiente a su contenido, y que le separa de aquello que está 'fuera'. ELÍAS, Norbert. *El proceso de la civilización*, pp. 37-38.

(9) *Ibíd.*, p. 15.

(10) *Ibíd.*, pp. 35 y 49.

(11) Para los ejemplos concretos de las transformaciones civilizatorias que se expondrán a continuación, retomo el parte el esquema de Ritzer, que no es otro que el del mismo Elías.

(12) *Ibíd.*, pp. 183-184.

(13) *Ibíd.*, p. 198.

(14) RITZER, George. *Op. Cit.*, p. 469.

(15) ELÍAS, Norbert. *El proceso de la civilización*, pp. 216-217.

(16) Para Perry Anderson, la aparición de los estados absolutistas, contribuye a explicar la transición del feudalismo al capitalismo y de los sistemas políticos que lo caracterizaron. "Las monarquías absolutas introdujeron unos ejércitos y una burocracia permanentes, un sistema nacional de impuestos, un derecho codificado y los comienzos de un mercado unificado." ANDERSON, Perry. *El estado absolutista*. México, Siglo XXI Editores, 1982, p. 11. "La sociedad a la que llamamos sociedad de la Edad Moderna, está determinada, al menos en Occidente, por un grado muy elevado de organización monopolista. Se arrebató a los individuos aislados la libre disposición sobre los medios militares que se reserva al poder central, cualquiera que sea la configuración de éste, y lo mismo sucede con la facultad de recabar impuestos sobre

la propiedad o sea sobre los ingresos de los individuos, que concentra en manos del poder central. Los medios financieros que afluyen así a este poder central, sostienen el monopolio de la violencia; y el monopolio de la violencia sostiene el monopolio fiscal. Ambos, son simultáneos; el monopolio financiero no es previo al militar y el militar no es previo al financiero, sino que se trata de dos caras de la misma organización monopolista. Cuando desaparece el uno, desaparece automáticamente el otro, si bien es cierto que, a veces, uno de los lados del monopolio político puede ser más débil que el otro". ELÍAS, Norbert. *El proceso de la civilización*, pp. 344-345.

(17) ELÍAS, Norbert. "Los procesos de formación del Estado y de construcción de la nación", en: *Historia y sociedad*. Nº 5 de 1998, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, pp. 101-117.

(18) ELÍAS, Norbert. *El proceso de la civilización*, pp. 453-454.

(19) Ritzer, tiene la consideración contraria. Ver *Op. Cit.*, p. 474.

(20) No resiste el autor aludir acá a la secular situación colombiana de debilidad del estado y a su consiguiente y nefasta incapacidad para inducir una institucionalización de mecanismos de autocontrol de comportamientos entre los individuos y de disciplina social, tan propios de una sociedad "civilizada", moderna.

(21) ELÍAS, Norbert. *El proceso de la civilización*, p. 225.

(22) GREINER, Ulrich. *Op. Cit.*, p. 94.

(23) ELÍAS, Norbert. *El proceso de la civilización*, pp. 527-528.

(24) *Ibíd.*, p. 11.

(25) La referencia parece dirigida a la Microsociología, cuyos inicios son contemporáneos de los primeros trabajos de Elías, en los años de 1920 y 1930. Joseph, Isaac. *Erving Goffman y la microsociología*. Barcelona, Gedisa, 1999.

(26) *Ibíd.*, p. 19.

